

Los Pobres y la Pastoral Vocacional*

Alfredo Morin, p.s.s.

Rector del Instituto Teológico Pastoral del CELAM

Hemos reflexionado ya sobre dos desafíos que la pastoral vocacional de los ministerios ordenados encuentra en AL:

— la *civilización urbano-industrial* que va reduciendo siempre más el medio rural de tipo patriarcal que poco evolucionaba y donde tradicionalmente se ejercía con más facilidad nuestra pastoral vocacional, y

— la *familia* y el *ambiente social* que reciben el impacto de la civilización nueva, del consumismo, de un nuevo hedonismo.

Todo esto influye poderosamente sobre nuestros jóvenes, origina crisis violentas y exige reajustes, reenfoques delicados y opciones lúcidas.

Ahora nos toca estudiar otro desafío, nada nuevo en el fondo, pero que se presenta, esto sí, con modalidades nuevas, el *desafío de la Pobreza*, pobreza masiva, pobreza extrema en sectores importantes de nuestra sociedad latinoamericana, pobreza siempre más urbana, pobreza que el Documento de Puebla nos ha presentado en forma dramática al evocar "los rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela:

— rostros de *niños*, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar;

— rostros de *jóvenes*, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;

— rostros de *indígenas* y con frecuencia de afro-americanos, que viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres;

— rostros de *campesinos*, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;

— rostros de *obreros* frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;

* Conferencia pronunciada en el II CONGRESO LATINOAMERICANO DE VOCACIONES, Bogotá, 1-5 de noviembre de 1982.

—rostros de *sub-empleados y desempleados*, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;

—rostros de *marginados y hacinados urbanos*, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;

—rostros de *ancianos*, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen." (DP 31-39)

El Hecho Brutal de la Pobreza Masiva en AL.

Durante la hora prevista para esta reflexión, el mundo gastará 60 millones de dólares en armamentos, al ritmo de un millón por minuto. Durante el mismo período, 1.800 niños del Tercer Mundo morirán de hambre —uno cada dos segundos—, de los cuales 120 en AL.

Según cálculos realizados por la CEPAL, en 1960 cerca de 52.5% de la población de AL vivía en condiciones de pobreza, y 22% se situaba debajo de la línea de indigencia. En 1970, estos porcentajes habían disminuido sensiblemente con 40% de pobres y 17% de indigentes. Pero el número absoluto de pobres e indigentes no había bajado: alrededor de 112 millones y 50 millones respectivamente. Con la crisis monetaria, el desempleo y la inflación que afecta a todos nuestros países, es de temer que en la actualidad, el número absoluto de nuestros pobres e indigentes, lejos de retroceder, haya crecido.

En una ciudad como Bogotá, el DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas) y Planeación Distrital dividieron la población en 6 estratos socioeconómicos, tomando como variables el tipo de vivienda, el tipo de edificio, el estado de construcción, el ingreso familiar, el nivel de hacinamiento y la disponibilidad de servicios públicos. La población total de 4.347.965 habitantes se reparte en los siguientes estratos:

Bajo bajo (misericordia)	506.189	(11.7%)	
Bajo (subsistencia)	1.552.706	(35.7%)	80%
Medio bajo	1.418.557	(32.6%)	
Medio	514.141	(11.8%)	
Medio alto	272.712	(6.3%)	20%
Alto	83.620	(1.9%)	

Esta pobreza masiva se traduce por una tasa muy elevada de mortalidad infantil, de desnutrición, de malnutrición, de promiscuidad, con sus consabidas secuelas de raquitismo, debilidad mental, idiotez, analfabetismo, delincuencia juvenil, rapería, etc...

Anterior a cualquier problema de pastoral vocacional está, pues, el de la justicia en el mundo, el de la redención integral del hombre. Hoy, 3.000 niños latinoamericanos quedarán definitivamente eliminados de cualquier perspectiva vocacional porque hoy estos niños morirán de hambre.

Si descartamos las víctimas de la miseria que no podrán nunca ni

siquiera plantearse la alternativa de una posible vocación diaconal o presbiteral, sea porque se les ha negado hasta el derecho de nacer, sea porque morirán en baja edad, sea porque llevan en su cuerpo los estigmas de una miseria deshumanizante, sea porque ni han tenido acceso a la instrucción primaria completa, queda un número importante de pobres entre los cuales no faltan cristianos que ostentan todas las cualidades que se pueden exigir para ejercer un ministerio ordenado en la Iglesia. En este mar inmenso de pobreza ¿acaso sabe la Iglesia discernir y promover a todas las personas que el Señor llama al ministerio sacerdotal?

El Desafío Cultural

Aquí conviene comentar un artículo que Joseph Comblin publicó en la *Revista Eclesiástica Brasileira*, cuyo 6º acápite lleva por título: "Os pobres e a formação sacerdotal".

"Pode um pobre ser sacerdote?", se pregunta Comblin. Y contesta con un sonoro "Não!". Voy a traducir los dos primeros párrafos:

"En Brasil, en América Latina y en la Iglesia católica en general, no existe posibilidad para él y un pobre no puede ser sacerdote. El que ha nacido pobre tiene primero que transformarse en rico para poder ser sacerdote. ¿Cómo conciliar esta situación con la llamada 'opción por los pobres'? El problema aún no está resuelto. Pero está planteado. Creo que la misma definición de opción por los pobres nos invita a hacernos la pregunta: ¿Por qué los pobres no pueden ser sacerdotes?

Hay por cierto algunas excepciones, pero éstas no infirman la regla general. Las excepciones son algunos casos de jóvenes que fueron arrancados de sus familias cuando eran niños. En el seminario menor pasaron por un proceso de aculturación que hizo que pasaran a otra clase social y consiguieran aguantar ese proceso. La inmensa mayoría de los niños pobres llevados a los seminarios menores no resisten el proceso: tiene que abandonar antes de llegar al fin (casi el 99%), o si llegan al final, quedan traumatizados, afligidos por un sentimiento de inferioridad terrible que los lleva al arrivismo o a la amargura en muchos casos. Sumando todos los casos, los que tuvieron éxito y la mayoría que fracasó, vemos que la minoría que persevera es ínfima. Si no fuese así, habría en Brasil por lo menos unos 50 obispos negros y el 25% del clero también serían negros. La inmensa mayoría de los brasileños recibe el salario mínimo o menos. ¿Cuántos sacerdotes proceden de familias que ganan el salario mínimo o ganan menos? Basta con hacer una encuesta en los seminarios menores." (REB, vol. 41, fasc. 162, Junho de 1981, 321)

Y Comblin pasa a analizar las causas de este fracaso. Vienen de muy atrás, dice. "En primer lugar, los misioneros de las Américas desistieron después de las primeras tentativas de formar un clero nativo. Llegaron a la conclusión de que los indígenas no tenían condiciones para ser sacerdotes. Invocaron motivos de celibato, de carácter, de vicios morales. Pero la razón verdadera era cultural: querían imponer un modelo cultural imposible para los indígenas. La consecuencia es que, todavía hoy, es insignificante el número de sacerdotes indígenas, aún en los países en los que los indígenas forman la mayoría de la población". Agrega Comblin

que las leyes eclesiásticas cerraban el paso a las ordenaciones de esclavos: por esto todavía hoy el número de sacerdotes negros es insignificante no solo en Brasil sino también en todos los países americanos.

La denuncia de Comblin nos invita a un examen de conciencia, pues viene de un teólogo y pastoralista de merecido prestigio, de larga experiencia en AL, especialmente en el medio de los seminarios y escolasticados. Con todo, sea permitido a este servidor, que ha trabajado también largo tiempo en AL, y 15 años como rector de tres seminarios, aportar algunos matices a las reflexiones de Comblin.

Atribuir a prejuicios culturales el poco número de indígenas y de negros que se encuentra en los cleros de AL es, sin duda, simplificar un problema mucho más complejo. Y se puede pensar que, aun si a través de los siglos, todos nuestros seminarios hubiesen hecho prodigios de inculturación, en la mayoría de los casos, el resultado neto no hubiera dejado de ser decepcionante. Unos estudios que se hicieron hace veinte años en Colombia sobre perseverancia en los seminarios han demostrado que en aquel entonces, la mortalidad estudiantil golpeaba tanto a los seminaristas oriundos de clases burguesas como a los de estamentos más humildes.

Por otra parte, el juicio de Comblin sobre los esfuerzos desplegados por los primeros misioneros para formar un clero indígena, no parece equitativo. Y aquí no se trata de una simple discusión de eruditos, pues este punto de historia puede echar una luz interesante sobre nuestro tema, y tiene la ventaja de ser bastante bien documentado.

Sabemos que en 1536 se fundó en Tlatelolco, en los arrabales de la ciudad de México, un colegio para indios al cuidado de los misioneros franciscanos. Allí trabajó fray Bernardino de Sahagún, el padre de la etnografía científica moderna, que supo apreciar como nadie todo lo positivo de la cultura azteca y formó un equipo de investigadores indígenas a la colaboración de quienes debemos una obra monumental sobre la cultura indígena mexicana. En aquel colegio, el proceso educativo no era ninguna importación europea impuesta artificialmente a los autóctonos: se inspiraba en el *telpochcalle* y en el *calmecac*, instituciones en las que los jóvenes aztecas se adiestraban para el servicio militar y sacerdotal. Tal era la confianza que los religiosos depositaban en los indígenas que, de 1547 a 1569, dejaron en sus manos la administración material del Colegio. En 1552, un indio era rector y otro, miembro del Consejo. (Steck, *El primer colegio de América. Santa Cruz de Tlatelolco*, p. 22). Llama la atención el hecho de que los indígenas, además de cultivar sistemáticamente su lengua nahuatl y sus propias tradiciones —muchas de las cuales fueron rescatadas del olvido gracias a los esfuerzos de Sahagún— aprendieron el latín con una facilidad asombrosa. El presidente de la Segunda Audiencia, arzobispo de La Española, Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, anota que en esto “muestranse tan hábiles y capaces que hacen gran ventaja a los españoles”. (Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, I, 386). Jerónimo López, enemigo del colegio, se ve obligado a conceder que “había mochachos, y hay cada día más, que hablan tan elegante el latín como Tulio (¡Cicerón!)... y es cosa de admirar ver lo que escriben en latín, cartas, coloquios, y lo que dicen”. (Icazbalceta,

Zumárraga, 220s). Fray Juan Bautista comparaba al indio Antonio Valeriano a Cicerón y a Quintiliano.

Los estudiantes de Tlatelolco resultaron tan brillantes que muchos españoles se asustaron y temían que al tener contacto directo con la Biblia, aquellos indios encontrarían argumentos para defender la poligamia y que el saber tanto latín serviría a lo más para que "conozcan en el decir de las misas y oficios divinos cuáles sacerdotes son idiotas, y se rían de ellos y no los tengan en tanta reputación como era razón, y para que asimismo noten si alguno en la predicación o en otras pláticas echa algún gazapatón en el latín..." (García Icazbalceta, *Nueva colección*, II, 71).

Culturalmente pues, el experimento de Tlatelolco fue un éxito. Los alumnos aprendieron a armonizar su propia cultura indígena con lo mejor de la cultura clásica europea. Pero, como seminario fracasó del todo. De sus claustros no salió ni un sacerdote ni un religioso.

¿Por qué? ¿Choque cultural? Sí, pero... Para apreciar debidamente esta experiencia, lo mejor será dejar la palabra a unos amigos de aquellos indios que más los apreciaban. Zumárraga, el santo obispo de México, uno de los fundadores del colegio y que le tenía un inmenso cariño, tiene que reconocer que esta primera generación de neófitos no está bastante firme en la fe, no tiene las tradiciones cristianas suficientemente arraigadas para asumir un compromiso tan serio como es el del sacerdocio. El 17 de abril de 1540, escribe al emperador Carlos V: "Parece aun a los mismos religiosos que las rentas estarían mejor empleadas en el hospital que en el colegio de Santiago, que no sabemos lo que durará, porque los estudiantes indios, los mejores gramáticos, *tendunt ad nuptias potius quam ad continentiam*". Por su parte, Sahagún, uno de los mejores amigos de los indios, el que más a fondo penetró su cultura y que fue el alma del colegio de Tlatelolco en sus mejores momentos, reconocía con tristeza: "hallóse por experiencia que (el indio) no era suficiente para tal estado... y nunca más se ha recibido indio a la Religión, ni aun se tiene por hábiles para el sacerdocio". (*Historia*, X, c. 27). En una nota a continuación escribe: "son estas borracheras tan destempladas y perjudiciales... que aun por este vicio son tenidos por indignos porque la continencia o castidad es necesaria a los sacerdotes, no son hábiles para guardarla, en especial los borrachos". (Nota, *ibid.*, después del c. 27 del libro X, Ed. 1938, 79-91).

Así constatamos que problema cultural sí hubo, pero no en el sentido como lo entiende Comblin. No fue que los misioneros no hayan sabido entender al indio ni que hubieran querido imponerles un modelo de sacerdocio reñido con lo mejor de la cultura azteca, sino que el indio traía de su paganismo unas taras demasiado difíciles de borrar en el caso de neófitos de una primera generación cristiana. Y por esto el primer Concilio Provincial Mexicano de 1555 legislará que el que "fuere mestizo, indio o mulato... no sea admitido" a las órdenes. (Cap. 44. Lorenzana, *Concilios provinciales*... México 1769, 105ss). Una generación más tarde, en 1585, el tercer Concilio Provincial irá abriendo prudentemente la puerta.

En el virreinato del Perú, se siguió el ejemplo de Nueva España. El 2º Concilio Provincial Limense de 1567 prohibió la ordenación de indios, restricción que duró poco ya que el llamado 3er. Concilio de 1583, bajo el pontificado de Santo Toribio de Mogrovejo, estableció como principio general las normas comunes de la Iglesia sin entrar en distinciones

raciales. Aún antes de 1583, no hubo restricciones para los mestizos considerados desde un punto de vista racial, pero sí cuando terciaba la circunstancia de la ilegitimidad, como en el resto del mundo. Con todo, se usó a menudo el derecho de dispensa y los PP. Jesuítas, p.e., admitieron desde muy temprano en la Compañía a varios mestizos, algunos de los cuales fueron muy apreciados por sus escritos y trabajos misionales. Pero otras experiencias menos felices, el ejemplo rigorista de otras comunidades y, sobre todo, una real cédula de 1577 incitaron a los PP. de la Compañía, en su Congregación de 1582, a cerrar las puertas a los mestizos. Estos apelaron directamente al Papa Gregorio XIII, en una carta del 13 de febrero de 1583, redactada en un latín elegante, nada inferior a la producción literaria de los indios de Tlatelolco: "Pater Sanctissime... non sumus tam barbari neque tam agrestes...". La respuesta del Papa se reflejó pronto en una real cédula de Felipe II de 1588 en la que se comunicaba a los prelados que podían ordenar a los mestizos del Nuevo Mundo. "A partir de entonces, el acceso de los mestizos al estado eclesiástico fue franco y general", escribe Valentín Trujillo Mena (*La legislación eclesiástica...*, 207). Hubo otros muchos ensayos de seminarios para indígenas. Por ejemplo, en el reducido territorio de la Audiencia de Panamá en la primera mitad del siglo XVII, fray Adrián de Santo Tomás (van Uffelde), op, fundó dos seminarios: uno para los guaymíes y uno para los chocoes. Tuvieron una existencia muy efímera.

Esta historia da testimonio de sinceros esfuerzos por integrar a los naturales a las responsabilidades pastorales de las nuevas iglesias. Cuando no dieron los resultados esperados, los fracasos se explican mejor por las deficiencias familiares y el atavismo pagano de los candidatos que por prejuicios raciales, aunque por cierto este último elemento tampoco faltó. En aquel tiempo se verificaba como ahora lo que el Papa Juan Pablo II acostumbraba recalcar: *las vocaciones religiosas y sacerdotales son fruto de la madurez de la fe de las comunidades cristianas*. Donde dichas comunidades acaban de salir de las tinieblas del paganismo, o donde no existen todavía sólidas tradiciones cristianas, es difícil que crezca la frágil planta de la vocación a una vida consagrada. Esta evidencia podría ilustrarse con múltiples ejemplos antiguos y modernos sacados de todos los territorios de misiones. Esto explica por qué en ambientes marginados e insuficientemente evangelizados, no encontramos la proporción de obispos y sacerdotes correspondientes a su importancia numérica.

Preparar Auténticos Servidores de los Pobres

Sería muy ingenuo, al amparo de una opción por los pobres mal entendida, abrir de par en par los portones de nuestros seminarios sin discernimiento a todos los míseros que manifiestan el deseo de ser sacerdotes: no faltan nunca quienes buscan simplemente un techo o quienes quieren el estado clerical como escalera de ascenso social. El loable afán de hacer participar a todos los estamentos de la sociedad, y especialmente a los pobres, en las más importantes responsabilidades de la Iglesia, logrará su propósito si se acompaña de mucho realismo y de mucho discernimiento.

Por desgracia, la miseria que deshumaniza descarta a muchos latinoamericanos de toda perspectiva vocacional a un ministerio ordenado. El

pobre indio andino que, para aplacar en su estómago la tortura del hambre, acostumbra masticar hojas de coca, no será nunca un candidato idóneo para nuestros seminarios. Tampoco el niño abandonado que ha quedado con traumas psicológicos profundos o que, por falta de una figura paterna imitable, no ha podido madurar normalmente. Hay pecados sociales por los cuales no queda más remedio que pagar el doloroso precio.

Cada situación social tiene sus ventajas y sus tentaciones. Esto ya quedó expresado con mucho acierto en Proverbios 30, 8s:

“Señor, no me des ni indigencia ni riqueza,
basta con que me dejes probar mi bocado de pan,
no sea, que, colmado de bienes, me olvide de tí,
o no sea que, reducido a la miseria, me de al robo”.

Una pobreza honrada, sana y laboriosa constituye un medio privilegiado para que nazca y crezca la vocación al ministerio presbiteral. De allí han surgido apóstoles admirables. Recordemos Sotto il Monte, donde ha nacido el buen Papa Juan XXIII. Pero no es menos oportuno recordar que aquellos que Dios ha favorecido con los bienes de la educación y de la cultura están llamados a poner estas ventajas al servicio de la comunidad humana, pues el rico es administrador de los bienes de Dios (cf. Lc 16) que debe repartir entre todos sus hijos. Esto explica por qué muchos santos ministros del Señor venían de ambientes económicamente y culturalmente favorecidos, siempre que las personas llamadas aceptasen consentir una generosa ruptura para seguir al Señor en el camino de una pobreza asumida *propter regnum Dei*.

Pese a cierta tradición piadosa que ha rodeado su figura, Jesús pertenecía a la clase media de Galilea: era un *tektón*, nos dice Marcos (6, 3), un obrero especializado, mezcla de carpintero, albañil, carretero y ebanista. El palestino Justino Mártir nos cuenta (Dial, 88, 8) que Jesús fabricaba yugos y arados. Las escasas informaciones que tenemos sobre el estamento social de sus discípulos indica un medio parecido y a veces más acomodado. Zebedeo, el padre de Santiago y Juan, era dueño de una industria pesquera y alquilaba los servicios de algunos jornaleros (Mc 1, 20). Levi-Mateo era aduanero (Mc 2, 14s). El evangelista Marcos pertenecía a una familia acaudalada. Lucas era médico. Pablo, ciudadano romano, había estudiado en una de las mejores universidades de su tiempo, la de Tarso. Bernabé era un hombre acomodado, que supo desprenderse de todo su patrimonio a favor de los pobres de la primera comunidad de Jerusalén (Hch 4, 37)¹. Los Padres de la Iglesia de la edad de oro —segunda mitad del siglo IV— “pertenecen por su origen a la *élite* de la sociedad y a veces a las clases más elevadas de ésta: san Ambrosio es hijo de un prefecto del pretorio; san Juan Crisóstomo de un maestro de milicia, los dos cargos más altos, civil y militar, de la jerarquía imperial”. (I. Marrou). Y si Agustín de

¹ Sobre el estamento social de Jesús y de sus primeros discípulos, cf. Martín HENGEL, *Eigentum und Reichtum in der frühen Kirche*, cap. 3

Sobre las circunstancias socioeconómicas del nacimiento de Jesús, ver Pierre BENOIT, “Non erat eis locus in diversorio” (Lc 2, 7), en *Mélanges Béda Rigaux*, 173-186, y Raymond E. BROWN, *The Birth of the Messiah*, 400s.

Hipona emergía de un ambiente más humilde, llama la atención el que la protección de un mecenas le había permitido recibir la educación propia de la *élite*.

Estos ricos de bienes y de cultura llegaron a ser magníficos ministros de la Iglesia y de los pobres porque, algún día, hubo una ruptura decisiva en su vida, hicieron la experiencia decisiva de una conversión en el sentido pascaliano, se encontraron con el Dios vivo, el Dios de Jesucristo, y abandonaron todo para seguir la llamada a la perfección y a la entrega total. Todos esos Padres —a excepción de Ambrosio— se fueron al desierto durante un período más o menos largo y se ejercitaron en la práctica de una ascésis rigurosa.

Esta experiencia de los Padres del siglo de oro, una de las más notables de toda la historia de la Iglesia, no deja de tener sus enseñanzas para nuestra pastoral vocacional². Y la contraprueba no es menos significativa, pues, cuando —sobre todo, antes de la estabilización de los seminarios postridentinos— se tenía un acceso demasiado fácil al estado clerical, la Iglesia se llenaba de curas de misa y olla, de avivatos y de ignorantes que, lejos de prestar un servicio a los pobres, se volvían los parásitos del pueblo. El Archivo de Indias en Sevilla está repleto de documentos que ilustran esta tragedia: cartas, especialmente de obispos, suplicando al Consejo de Indias cortar el chorro de frailes sueltos y curas aventureros que inundaban el Nuevo Mundo, escandalizaban a los indígenas y obstaculizaban la evangelización.

Opción por los pobres no significa que, por una misericordia mal entendida, se deba crear un clero de segunda categoría para los que no pueden aspirar a más. Opción por los pobres significa promocionar a los pobres y darles acceso a lo mejor. En el camino hacia los ministerios ordenados, las autopistas demasiado rápidas desembocan en callejones sin salida. No hay fórmula para sacerdocio instantáneo como la puede haber para café. Quemar etapas y economizar en la calidad de la formación es poner todos los ingredientes necesarios para lograr sonoros fracasos y perjudicar el pueblo de Dios. Inculturación no significa formación barata, sino formación seria que toma en debida cuenta todo lo mejor de cada cultura.

Y aquí vienen muy a propósito algunas observaciones que hace Comblin sobre el problema básico de la formación de los seminaristas: "La formación, escribe, consiste en esto: que el seminarista se vaya identificando, consciente y personalmente, con su vocación, con la misión que le confió Jesucristo; que el seminarista se vaya identificando con un modelo de sacerdote, no ideal, abstracto y teórico, sino concreto y observable en la Iglesia de hoy". Se trata de una verdadera conversión, y en

² Esta idea de que los ricos y los favorecidos de la cultura están llamados de manera especial a ponerse al servicio de los humildes puede sonar a paternalismo derechista. Cabe sin embargo recordar que el mismo LENIN la compartía cuando subrayaba que "la doctrina del socialismo... fue creada por los representantes instruidos de las clases poseedoras, la intelectualidad", y cuando recordaba que "los fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían por su posición social a la intelectualidad burguesa". (LENIN, *¿Qué hacer?*, cap. 2).

toda conversión uno se despoja del hombre viejo para revestirse del hombre nuevo. (Ef 4, 22-24). La vocación sacerdotal ya supone madurez cristiana, adquirida antes de entrar al Seminario. Supone, pues, una conversión, una ruptura que alcanza toda la persona. Y Comblin va enumerando los temas espirituales que deben animar toda formación sacerdotal:

"1) El primer tema es el de la **DISPONIBILIDAD** que corresponde a la disposición de Jesús cuando entró al mundo: "Aquí vengo para cumplir. o Dios, tu voluntad" (He 10, 7). O también la disposición de María: "He aquí la sierva del Señor"...

"2) El segundo tema fundamental será el de la **COMPASION**. La imagen culminante de Dios en el cristianismo es la del Padre del hijo pródigo que sufre por la pérdida de su hijo. La compasión del Padre se manifiesta en la actitud de Jesús: Viendo la multitud, se conmovió de compasión porque ellos estaban angustiados y desvalidos como ovejas sin pastor" (Mt 9, 36). "El sabe compadecerse de los ignorantes y los extraviados porque él también está rodeado de flaqueza" (He 5,2)...

"A menudo los jóvenes de clase media pueden llegar a una indignación frente a una miseria, una injusticia, una opresión conocidas en forma abstracta. Pero la indignación no es la base de una formación apostólica y misionera. Lo que se necesita es compasión. Esta procede de la convivencia con personas concretas que sufren: marginados, pobres, presos, enfermos, minorías rechazadas. Ella no es simple rebelión, sin participación y comprensión. Es demasiado fácil indignarse y seguir luego su camino alegremente como si estos hombres fueran meros números o datos sociológicos. Lo que sí importa es crear vínculos humanos con las personas que sufren, vínculos duraderos en una real solidaridad humana."

"3)...el tercer tema fundamental es el del **REINO DE DIOS**, presente en Jesús crucificado y resucitado... La visión de fe consiste justamente en esto: ser capaz de reconocer en los pobres que sufren las disposiciones de Jesús en la cruz y en la resurrección (aquellas mismas que explicita la epístola a los Hebreos)...

"4)...el tema del **SERVICIO**. El sacerdocio es servicio. Para jóvenes de clase media que tuvieron criada en su hogar, que siempre tuvieron inclusive a su mamá o a sus hermanas de criadas, la idea de servicio no tiene ningún contenido concreto; pues nunca se han puesto al servicio de otros en su vida. Siempre mandaron trabajar a los demás. Para los jóvenes de las clases populares, es otra cosa y la misma vida ha sido para ellos aprendizaje al servicio de los demás. Los jóvenes seminaristas de clase media pueden aprender rápidamente el vocabulario cristiano que corresponde a la vida actual: servicio, pobreza, opción por los pobres, pero detrás de este vocabulario no hay ninguna vivencia real. Inclusive en la acción pastoral que han ejercido, mandaron mucho más de lo que sirvieron. En este sentido, su experiencia pastoral puede haber sido una de deformación más que de formación. En consecuencia, los seminaristas deberán necesariamente aprender a servir, hacer experiencias concretas de servicio real —esto es: material, físico— a los pobres." (I.c. 326s)

Por otra parte, no cabe duda de que la opción preferencial por los pobres tiene que reflejarse también en los programas académicos. En la

mayoría de los seminarios ya se notan en este aspecto progresos notables: entrenamiento en el análisis de la realidad, reflexión teológica sobre la misma, ciencias sociales... No se trata de ninguna manera de reemplazar la filosofía por la sociología. Esta viene generalmente tan ideologizada que necesita en todo momento de la luz crítica de la filosofía. Tampoco se trata de prescindir de la teología en su sentido tradicional de reflexión crítica y sistemática sobre la fe que, bien entendida, no perderá nunca su valor y actualidad. Pero a su lado y en continuidad de ella caben también las llamadas teologías en genitivo pedidas por los "signos de los tiempos" —de la liberación, de la mujer, de los medios de comunicación, etc.— como reflexión que a partir de la Fe, de la Revelación, trata de entender y fijar las relaciones existentes entre el fenómeno actual del clamor por la justicia y creciente sentimiento de socialización, con el fenómeno perenne y salvífico del Cristianismo; a fin de iluminar y ayudar a resolver los complejos y graves problemas que plantean tanto esas relaciones en sí, cuanto el involucramiento de los sacerdotes y cristianos en ese movimiento libertador". (F. Interdonato, S.J., "*Formación teológica del sacerdote latinoamericano hoy*", en "Medellín", VII, N° 26, junio '81, 210).

Como se ve, frente a la opción por los pobres, el momento actual que vive la Iglesia lanza grandes desafíos a los formadores de nuestros seminarios, en los distintos aspectos de la preparación al sacerdocio: espiritual, pastoral, teológica y comunitaria.

Un Examen de Conciencia

Aquí no sobra ni es impertinente preguntar: ¿Acaso nuestras casas de formación preparan verdaderos servidores en la austeridad? ¿Qué significa en muchas comunidades religiosas el voto de pobreza? ¿Cómo puede un seminarista o un novicio entender a los pobres cuando se le ofrece todo gratuito, sin que tenga que hacer el menor esfuerzo por ganar alojamiento y comida? La verdad es que muchos pobres, al optar por el sacerdocio o la vida religiosa, pasan de la inseguridad y la penuria a la vida cómoda, burguesa y económicamente irresponsable. ¿Será esa la voluntad del Señor? ¿Será esa la voluntad de los santos fundadores de nuestras comunidades religiosas?

Muy conscientes de esta paradoja, nuestros obispos en Puebla respondieron con toda humildad que no.

"No todos en la Iglesia de América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres, no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios de ellos. Su servicio exige, en efecto, una conversión y purificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres". (DP 1140)

"Para vivir y anunciar la exigencia de la pobreza cristiana, la Iglesia debe revisar sus estructuras y la vida de sus miembros, sobre todo los agentes de pastoral, con miras a una conversión efectiva". (DP 1157)

"Esta conversión lleva consigo la exigencia de un estilo austero de vida y una total confianza en el Señor ya que en la acción evangelizadora la Iglesia contará más con el ser y el poder de Dios y de su gracia que

con el "tener más" y el poder secular. Así, presentará una imagen auténticamente pobre, abierta a Dios y al hermano, siempre disponible, donde los pobres tienen capacidad real de participación y son reconocidos en su valor". (DP 1158)

Ya el decreto *Presbyterorum Ordinis* (6 y 17) del Concilio Vaticano II invitaba a los sacerdotes al desprendimiento evangélico y a la apertura a los pobres:

"Invitáseles a que abracen la pobreza voluntaria, por la que se conformen más manifiestamente a Cristo y se tornen más prontos para el sagrado ministerio... Llevados, pues, del Espíritu del Señor, que ungió al Salvador y lo envió a dar la buena nueva a los pobres, eviten los presbíteros, a par de los obispos, todo aquello que de algún modo pudiera alejar a los pobres, apartando, más que los otros discípulos de Cristo, toda especie de vanidad. Dispongan de formar su morada que a nadie parezca inaccesible, ni nadie, aún el más humilde, tenga miedo de frecuentarla". (PO 17)

Un Reto para Hoy

Siempre necesitaremos convertirnos de nuevo. Pero no sería justo pretender que la preocupación por los pobres en la pastoral vocacional de la Iglesia es una novedad absoluta. Ni mucho menos. En algunos países de América Latina, la mayoría de los diáconos y presbíteros vienen de clases humildes, con representación más o menos fuerte de mestizos, indios, mulatos y afroamericanos. Por otra parte, surgen iniciativas nuevas promotoras como seminarios para obreros, para campesinos, etc... Este Congreso nos va a permitir comparar y evaluar experiencias, hacernos una idea más clara del panorama general y programar nuestra acción pastoral futura con más lucidez.

Cualquiera que sean las situaciones que nuestro diálogo nos permita descubrir, vamos a necesitar pautas muy claras para orientarnos. Vayan pues algunas sugerencias que cada uno podrá corregir o mejorar.

— Siendo la vocación a un ministerio ordenado fruto de la vitalidad y de la madurez en la fe de las comunidades cristianas, no se puede imaginar una pastoral vocacional sana sin previa evangelización. Las vocaciones auténticas florecerán en los medios humildes de nuestro subcontinente allí donde el Evangelio haya echado raíces profundas.

— "Lo que no es asumido no es redimido" (san Ireneo, cf. DP 400). La evangelización es inseparable de la inculturación. La formación de los futuros diáconos y presbíteros debe valorizar todo lo mejor de las culturas indígenas y afroamericanas, donde corresponda.

— Porque muchos pobres no tienen acceso a las escuelas y colegios, la comunidad cristiana en muchos casos estará llamada a buscar modos de facilitarles tal acceso, especialmente para quienes viven lejos de los centros educativos.

— En un mundo en el que siempre más personas tienen acceso a los estudios universitarios, el nivel académico de nuestros seminarios deberá ser comparable a cualquier plantel civil de buena categoría, pues los

pobres merecen y necesitan lo mejor. El pénsum de estudios deberá ayudar a los seminaristas a descubrir la realidad de la miseria en América Latina y reflexionar sobre esta tragedia en forma sistemática y a la luz de la fe.

— Optar por los pobres no significa renunciar a una selección rigurosa de los candidatos y abrir sin discernimiento los claustros de nuestros seminarios a todos los míseros que creen tener vocación al sacerdocio. Una mala selección hace un mal a los mismos candidatos y perjudica al Pueblo de Dios, especialmente a los pobres. Antes de aspirar a un ministerio ordenado, uno debe haber tomado en serio su propio bautismo y haber asumido un verdadero compromiso en la Iglesia como laico.

— En la formación sacerdotal, el testimonio tiene valor irremplazable. El seminarista deberá tener ante los ojos modelos concretos de pastores auténticos servidores de los pobres, con quienes se pueda identificar.

— La vocación está siempre en función de un servicio. No hay itinerario vocacional sin entrenamiento a la generosidad. Guiar en el vocación es educar en el sacrificio y la austeridad. El futuro sacerdote debe aprender a trabajar sólidos vínculos de amistad y solidaridad con los que sufren.

— La Iglesia estará sólidamente implantada en nuestra América Latina cuando cada uno de nuestros países tenga su clero propio, mayoritariamente autóctono, unido, bien preparado, suficientemente numeroso, en el que estén representados todos los grupos étnicos y todos los estamentos sociales.

Para concluir esta reflexión, nada mejor que dejar la palabra a los obispos reunidos en Puebla:

“Del modo más urgente (la Iglesia) debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino”. (DP 274)

“La realización histórica de este servicio evangelizador resultará siempre ardua y dramática porque el pecado, fuerza de ruptura, obstaculizará permanentemente el crecimiento en el amor y la comunión, tanto desde el corazón de los hombres como desde las diversas estructuras por ellos creadas, en las cuales el pecado de sus autores ha impreso su huella destructora. En este sentido, la situación de miseria, marginación, injusticia y corrupción que hiere a nuestro continente, exige del Pueblo de Dios y de cada cristiano un auténtico heroísmo en su compromiso evangelizador, a fin de poder superar semejantes obstáculos”. (DP 281)